

ANTONIO ESCOBAR OHMSTEDE, ROMANA FALCÓN VEGA Y RAYMOND BUVE,
COORDS., ***LA ARQUITECTURA HISTÓRICA DEL PODER. NACIONES, NACIONALISMO
Y ESTADOS EN AMÉRICA LATINA. SIGLOS XVIII, XIX Y XX***, MÉXICO,
EL COLEGIO DE MÉXICO Y CENTRO DE ESTUDIOS
Y DOCUMENTACIÓN LATINOAMERICANO, 2010, 335 pp.

Esta obra conjunta se adentra en un aspecto muy vigente de la historia latinoamericana y mundial: la dinámica del Estado, la nación y los nacionalismos. Aunque pareciera un tema superado en América Latina, sigue vigente. Puesto que los relativos fracasos, la falta de concreción de leyes y las decisiones gubernamentales, nos han llevado a una crisis política y económica que pareciera ser responsabilidad del proceso de construcción de la nación.

El libro se adentra en la compleja discusión sobre los conceptos de nación y Estado. En América Latina, en el siglo XIX, el forcejeo sobre el modelo de nación a seguir fue intenso. Y, guardadas las diferencias por países, aparecieron dos posiciones distintas; la liberal, para la cual era necesario romper definitivamente con el pasado ibérico, y la conservadora, en la que ese rompimiento era imposible, pues se consideraba que el pasado que dejó la presencia española era la esencia de la nacionalidad. Ese tira y afloja produjo grandes desavenencias y al final parece que fue el desarrollo del capitalismo, el que logró la consolidación de la nación, al menos en cuanto a que se promovió la construcción de un mercado interno. Durante la década de 1930, y liderado por el populismo, se fue generando la universalización del sentimiento nacional, ayudado por el uso de la imprenta y la escolarización en masa. En este período apareció la noción de nación como comunidad, liderada por los sectores populistas que lucharon contra la política oligárquica. Sin embargo, sostiene el libro que la historia política de las repúblicas de América Latina estuvo definida por el contraste entre la igualdad legal, la discursiva y la continuación de las formas de inequidad política y económica (p. 96). En términos del Estado, se impuso uno excluyente y racista, incluso durante el siglo XX. Fueron procesos más recientes los que, luego del fracaso de los modelos de Estado externos, buscaron revalorar los elementos de la cultura popular latinoamericana. Los autores plantean que, a pesar del desprecio de la élite por las manifestaciones de las masas, en el Estado no todo

fluye de arriba hacia abajo, a veces también las cosas van en la vía contraria.

Buena parte de los artículos que integran el libro se remiten a las posiciones que durante el siglo XIX y XX se han manifestado en torno a cómo crear naciones que tienen poblaciones étnica y culturalmente muy variadas. Y, a la vez, cómo afrontar la continua exclusión racial de las sociedades americanas. Los artículos se orientan especialmente al tratamiento del tema de los indígenas en las propuestas de construcción de la nación. Resumiendo, el libro muestra tres maneras con las que se intentó asumir el tema indígena. La primera, en el período de la independencia, cuando a los pueblos originarios se les consideró un obstáculo para la consolidación de la nación. Por ello se aconsejó el exterminio del indio o su homogenización, se escucharon salidas como la eugenesia, las teorías integradoras, asimiladoras e higienistas. Se propuso el mestizaje, y mejor si era con europeos, para reparar la raza, aunque también puede considerarse como una reacción directa a las ideas racistas, que hablaban de evitar la mezcla. En todo caso era mejor disminuir las identidades, en aras de la identidad nacional. Luego en el siglo XX, en medio del auge de las economías de exportación, el libro nos muestra el caso de los indios pamperos y patagónicos en Argentina, que representaban un obstáculo en la conformación del mercado capitalista de tierras por lo que poco a poco fueron acorralados y sus tierras usurpadas. Segundo, se planteó un cierto mérito a las sociedades indígenas prehispánicas, sobre todo a partir de la década de 1930, cuando reconocidos antropólogos norteamericanos y europeos empezaron a redescubrir las grandes obras culturales de los Mayas, los Incas y los Aztecas. Pero para los gobiernos y las élites latinoamericanas, si bien era cierto que existió un pasado prehispánico glorioso, la visión racista y etnocentrista decía que de esa fuerza del pasado quedaba poco. Otras visiones intentaron conservar al indio como un elemento folklórico, un ser exótico y mitológico, que podía usarse como atractivo turístico. Tercero, algunas corrientes de intelectuales promovieron imágenes estereotipadas de los indígenas, en las que la admiración por los pueblos ancestrales los llevó a plantear que la imposición de la cultura indígena era la solución para los problemas sociales. El problema era que esa visión podría haber desembocado en un etnocentrismo invertido en el que lo andino se consideraba superior.

Los ideales republicanos que se promulgaron en las nuevas naciones latinoamericanas incluyeron la igualdad, al menos para los indígenas, porque los negros mantuvieron la condición de esclavos. Una de las primeras medidas que suponía la paridad de los ciudadanos era la abolición del tributo indígena para poner fin del pacto colonial. Sin embargo, al menos hasta bien entrado el siglo XIX, pocos países cumplieron con esa disposición porque las finanzas públicas necesitaban de ese recurso. Así mismo, la abolición del trabajo obligatorio se cumplió a medias, pues el reclutamiento forzado en los ejércitos

nacionales o locales se siguió usando y obligó a los indígenas a participar en conflictos que no les correspondían, guerras en las que además fueron esquilimados porque los ejércitos usurpaban sus bienes. Por eso, cuando se evalúan las consecuencias de la Independencia para los indígenas, se observa que la desaparición de ciertas instancias intermediadoras coloniales llevó al resquebrajamiento de algunas estructuras sociales y étnicas que, por lo menos en teoría, protegían al indio. Una clara muestra de ello es lo que sucedió con las propiedades comunales de los indígenas, las cuales se incorporaron al resto de mercado de tierras y las comunidades, mediante engaños o la fuerza, fueron despojadas de ese recurso. Sin hablar del limitado acceso a los derechos políticos y sociales que aún hoy siguen reclamando los pueblos originarios. Bajo el argumento de la inferioridad racial del indio, su condición de subalternos se mantuvo en las nuevas naciones.

Un eje valioso del libro es que varios de sus artículos enfatizan que los indígenas no se mantuvieron impávidos ante la ambición de la élite republicana. Durante el siglo XIX, algunas autoridades indígenas fueron revaloradas porque el gobierno solo podía cobrar el tributo con su mediación. Igualmente, las rebeliones indígenas reclamando su derecho sobre la tierra y uso del agua dieron paso a reformas agrarias posteriores, que socavaron el poder terrateniente. Muchas comunidades también usaron la fuerza para oponerse a las reformas seculares de los liberales que apuntaban a romper las estructuras corporativas que los amparaban. También empezaron a demandar al Estado para que fuera un real mediador en los conflictos que los aquejaban. Y ya en el siglo XX, algunas de sus demandas incidieron en las políticas públicas nacionales.

En general, el lector encuentra con un libro escrito con mucha seriedad y, aunque se trate de artículos monográficos sobre sitios o hechos particulares, la unión de todos los textos ofrece una mirada general sobre la conformación de la nación en América Latina, sobre todo del siglo XIX pues las referencias más contemporáneas son muy escuetas. Por tratarse de trabajos históricos están enriquecidos con fuentes que permiten conocer las particularidades en la edificación del modelo de nación que varios países latinoamericanos persiguieron y, sobre todo, las profundas ambigüedades que supuso la construcción de la ciudadanía en sociedades profundamente desiguales como las que se heredaron del período colonial.

Paula Daza

Universidad Andina Simón Bolívar-Sede Ecuador

MATTHEW BROWN, *AVENTUREROS, MERCENARIOS Y LEGIONES EXTRANJERAS EN LA INDEPENDENCIA DE LA GRAN COLOMBIA*, MEDELLÍN, UNIVERSIDAD PEDAGÓGICA Y TECNOLÓGICA DE COLOMBIA/LA CARRETA, 2010, 277 pp.

El tema de la participación de los extranjeros en la independencia de la Gran Colombia ha sido estudiado por historiadores militares, quienes se han interesado en resaltar los aportes de algunos extranjeros a los triunfos de los ejércitos bolivarianos en las principales batallas del período independentista. Punto de vista que tuvo origen en la obra historiográfica de José Manuel Restrepo y en las memorias del general Daniel Florencio O'Leary, interesados en destacar la valentía y lealtad de algunos oficiales europeos. Pero, además de mostrar el heroísmo de individuos como James Rooke, Arthur Sandes, Thomas Wright o John Illingworth, no ha faltado en esta tradición historiográfica quienes se dedican a publicar verdaderos libelos contra los villanos de la historia, entre otros, Gustavus Hippiusley, Henry Wilson o Ruperto Hand. Uno de los estudios más representativos de esta mirada historiográfica es el de Alfred Hasbrouck y Vicente Lecuna, el cual concluyó que la independencia no hubiera sido posible sin el profesionalismo y la experiencia militar de los legionarios extranjeros. Otros autores que siguieron este mismo enfoque fueron Eric Lambert, Luis Cuervo Márquez, Guillermo Plazas Olarte, David Waddell y Sergio Elías Ortiz, entre otros. En general se trata de textos que se centran en los aspectos diplomáticos de las relaciones entre las naciones europeas y los patriotas neogranadinos, relatan las batallas, mencionan los muertos y los heridos, edifican héroes y denigran villanos. Algunos son sencillamente una colección de reseñas biográficas sobre aquellos individuos que alcanzaron la categoría del héroe.

En cuanto a historia diplomática propiamente dicha, existe un grupo de trabajos, integrado por las recopilaciones documentales de Charles K. Webster y F. B. A. Stevenson, y R. A. Humphreys, las cuales recogen informes y correspondencia de diplomáticos y cónsules británicos. Estas publicaciones reflejan la preocupación del gobierno británico por el proceso de independencia en Hispanoamérica y por sus repercusiones internacionales, diplomáticas y comerciales. La recopilación de Malcolm Deas y Efraín Sánchez se centró en la opinión que se formó la prensa británica y norteamericana sobre el régimen del general Santander entre 1820 y 1830. Mientras que David Sowell recopiló una selección de prensa norteamericana en torno a la reputación e imagen del Estado colombiano.

Hasta la fecha el único trabajo publicado que cuestiona la historiografía antes mencionada y propone nuevas perspectivas de análisis es el del historiador británico Matthew Brown, en su tesis doctoral "Adventuring through

Spanish Colonies. Simón Bolívar, Foreign Mercenaries and the Birth of New Nations”, cuya traducción –aunque fue publicada con un título distinto al del inglés– es objeto de la presente reseña y, valga decir, que fue defendida ante un tribunal integrado por Josep Fontana, John Lynch, Anthony McFarlane y Raymond Buve. Por considerar Brown que la tradición historiográfica ha dependido mucho de los archivos ingleses y norteamericanos –lo que produjo visiones reduccionistas de los extranjeros enrolados en los ejércitos bolivarianos–, en su investigación incluyó archivos colombianos, ecuatorianos, venezolanos, españoles, escoceses, irlandeses e ingleses. Solo de esta manera se propone cambiar la visión convencional según la cual los militares, comerciantes y diplomáticos extranjeros eran figuras unidimensionales que solo merecen atención por su ocupación puntual. Teniendo en cuenta las limitaciones de los historiadores que lo precedieron, Brown estudia la forma como interactuaron los legionarios europeos –a quienes prefiere denominar “aventureros”– con las diferentes sociedades de la Gran Colombia, antes, durante y después de las guerras de independencia. Lo interesante de este texto es que analiza aspectos descuidados por la historiografía tradicional y recupera materiales para plantear hipótesis inéditas sobre el tema. Pone en tela de juicio lugares comunes de la historiografía europea que exageran el aporte británico y señala, siguiendo a John Lynch y a Eric Lambert, que el gobierno británico no dio ninguna asistencia militar oficial a los independientes y mostró una política tímida y vaga con respecto a América. Se centra en las relaciones entre los legionarios menos conocidos y los diferentes grupos sociales y étnicos, no solo las élites, aunque estas no son excluidas. Verbigracia, se refiere a los vínculos sociales entre algunos extranjeros y los indígenas y esclavos, con quienes se emborrachaban, entablaban relaciones sexuales, robaban o actuaban por fuera de los ejércitos regulares para dedicarse al pillaje. Es el caso de la guerrilla dirigida por el inglés Juan Runnel que azotó los campos del Valle del Cauca entre 1816 y 1820.

El método prosopográfico o de biografía colectiva le permitió a Brown construir una base de datos referente a un número cercano a los 3.000 de los 7.000 aventureros que salieron de los puertos europeos con el propósito de enlistarse en los ejércitos bolivarianos. El objeto es propiamente el análisis de los encuentros culturales entre los aventureros extranjeros y los criollos, no solo en el campo de batalla, sino en las fogatas del campamento y en los hogares, para ver cómo influyen estos encuentros en la construcción de identidades colectivas durante y después de la guerra. Se estudian las diferentes facetas de las vidas de los extranjeros, es decir, motivaciones, lealtades, habilidades, actividades comerciales, vida cotidiana, vida familiar, relaciones de poder, así como sus discursos identitarios en términos de clase, género y raza.

Como lo manifiesta el autor, dicho estudio pretende romper con la “prisión historiográfica” de las batallas, el heroísmo y el drama político en el que estuvieron atrapados los historiadores que han seguido las huellas de José Manuel Restrepo. Brown también se propone ampliar el arco temporal, planteando su problema en la transición entre la Colonia y la República, y por ello fija su atención en algunas continuidades como las señaladas por Víctor Uribe Urán, Sarah Chambers y Aline Helg en torno a la importancia de los conceptos coloniales relacionados con el género y el honor; o la de Clement Thibaud, quien ha señalado cómo las unidades militares de la década de 1810 estaban arraigadas en el molde de las milicias coloniales, lo que afectaba su capacidad. Y, a contracorriente de los historiadores imperiales británicos, Brown se interesa por aquellos territorios que, como América Latina, formaban parte del imperio informal, ubicando de paso a los aventureros en un trasfondo de “movimientos transnacionales, migraciones y redes”.

En cuanto a terminología, Brown critica las nociones empleadas por los autores que lo proceden para referirse a los aventureros: “auxiliares” (Restrepo), “legionarios” (Hasbrouck), “voluntarios” (Lambert), “héroes errantes” (Giorgio Antei) y “mercenarios” (Flórez Malagón) u otros apelativos despectivos empleados por los españoles. En su remplazo, Brown propone llamarlos “aventureros”, por considerar que las motivaciones de esos siete mil individuos que se enrolaron en los ejércitos bolivarianos en Europa eran tan diversas, que hubo tanto quienes se ofrecieron como voluntarios, como quienes lo hicieron solo por la paga y el saqueo. Además sus experiencias fueron tan variadas que no pueden enmarcarse únicamente en las llamadas legiones británica e irlandesa, las cuales se disolvieron tan pronto pisaron suelo americano. Según Brown la “cultura de aventura” es producto de la combinación, durante las guerras de independencia, de los conceptos coloniales del “honor” —basado en la casta, el linaje y la sangre—, con el culto romántico al valiente héroe militar masculino. Además, el culto al héroe aventurero fue común a Europa y América y la idea de una “cultura de aventura” compartida entre extranjeros e hispanoamericanos permite comprender mejor sus encuentros.

Así que la “cultura de aventura” es entendida como un conjunto de imaginarios, discursos y prácticas, comunes a la sociedad occidental, que les permitía a hombres de todas las procedencias sociales y geográficas adquirir honor y ascender en la escala social, a través de su participación en “aventuras patrióticas”. La cultura de aventura se relacionaba con otros términos como el de emprendimiento, ya que el aventurero, para lograr su objetivo, debía diseñar o participar en una campaña militar, superando dificultades en medios inhóspitos y vencer tanto a la naturaleza como a los enemigos de la patria adoptiva. Esta cultura de aventura era de dimensiones trasatlánticas y muchos fueron los soldados héroes dispuestos a sacrificarlo todo, incluso sus vidas, en

nombre de la patria y a cambio de la estima social. Se trata de un concepto necesariamente amplio, como lo reconoce el autor, pero agrega que la misma palabra “aventura” era de uso común en el período de estudio.

Ahora bien, reconociendo los aportes y logros de la obra de Matthew Brown que son muchos, gracias a la revisión de importantes masas documentales a ambos lados del océano, y dando por sentado que el concepto “cultura de aventura” tiene gran valor hermenéutico, es el momento de plantear algunos comentarios críticos sobre la misma. En primer lugar, se trata de una historia que intenta abarcar los territorios de las actuales repúblicas de Panamá, Colombia, Ecuador y Venezuela y que, además, se plantea una mirada a un período de transición de casi cien años. No obstante, si se analiza con cierto cuidado, es evidente que una cosa fueron los propósitos e intenciones del autor y otros los resultados. Así por ejemplo, se plantea una historia que abarca el período de tránsito entre la Colonia y la República, pero los 3.000 aventureros que estudia son aquellos que llegaron a partir de 1817 por los puertos venezolanos, los cuales en su mayoría eran ingleses e irlandeses. Nada dice sobre aquellos que llegaron entre 1812 y 1816 y mucho menos de aquellos que lo hicieron entre fines del siglo XVIII y 1812. Debido a esto en su obra no se menciona a los militares franceses y de otros lugares que llegaron en dicho período, así que están ausentes por completo nombres tan significativos como Manuel de Serviez, Luis Girardot, Luis F. de Rieux, Pedro Labatut, Luis Bernardo Chatillon, Carlos Alejandro Bobin, entre otros, quienes fueron militares de fuste durante la Primera República.

Así que, a pesar de plantearse como una historia de transición, llama la atención que en la presentación de resultados, se marque con tanta claridad la discontinuidad que significó la llegada de las legiones inglesa e irlandesa. Y, aunque se propone una mirada global al conjunto de aventureros, se dejan de lado personas y situaciones que no pueden ignorarse de un plumazo, cuando de comprender un proceso se trata. Quizás, por su afán de romper con la historiografía tradicional y por tratar de marcar una diferencia con esta, Brown invisibilizó, sin quererlo, los temas y sujetos de interés de aquellos historiadores con los que polemizaba.

Por otro lado, su insistencia en una supuesta “cultura de aventura” y la acuñación resignificada del término “aventurero” para referirse a todos los extranjeros que llegaron durante el período de la independencia, además de olvidar que en la época ese vocablo tenía una fuerte carga peyorativa, no es útil para diferenciar a unos de otros. Al reconocer que es interesante desde el punto de vista hermenéutico buscar una cultura común a grancolombianos y a extranjeros, sería igualmente necesario buscar los elementos culturales divergentes entre aquellos, para poder establecer lo que es común y lo particular. Y, no quiere decir que Brown desconozca las diferencias sino que resultan

circunstanciales frente a la unidad cultural del espíritu de aventura. Tal vez no sea adecuado el símil pero la “cultura de la aventura” se parece mucho a esos espíritus de época o “mentalidades” que intentan englobar y diluir las diferencias culturales, sociales y políticas de grupos humanos tan disímiles.

Rodrigo de J. García Estrada
Universidad de Antioquia

ROGER PAUL DAVIS, ***EL ECUADOR DURANTE LA GRAN COLOMBIA (1820-1830). REGIONALISMO, LOCALISMO Y LEGITIMIDAD EN EL NACIMIENTO DE UNA REPÚBLICA ANDINA***, TRADUCCIÓN DE ANDRÉS LANDÁZURI, BIBLIOTECA DEL BICENTENARIO NO. 25, QUITO, BANCO CENTRAL DEL ECUADOR (MINISTERIO DE CULTURA), 2011, 332 pp.

Con Roger Paul Davis, y con los editores de su obra en castellano, la historiografía ecuatoriana ha contraído una significativa deuda intelectual. *El Ecuador durante la Gran Colombia...* ilumina uno de los períodos menos estudiados de ese país andino. El antiguo Banco Central del Ecuador –ahora parte del Ministerio de Cultura– ha sido el responsable de que esta investigación, originalmente escrita en inglés, esté ahora al alcance del público especializado hispanoparlante.

Pretendemos, en lo que sigue, presentar de manera descriptiva los argumentos fuerza que animan esta obra; introducirla luego dentro de las discusiones historiográficas ecuatorianas recientes sobre los momentos inmediatamente anteriores o posteriores al período que aborda *El Ecuador en la Gran Colombia...* para apreciar el panorama de investigaciones históricas al que arriba esta traducción y cómo se inserta dentro de un acumulado de trabajos recientes sobre el XIX ecuatoriano, especialmente relacionadas con una variable de análisis presente en todos estos aportes: el componente regional; para dejar, finalmente, consignadas algunas impresiones relativas a los aspectos formales de la obra de Davis editada en castellano.

Las primeras líneas de la “Presentación” del libro advierten al lector sobre la importancia de la obra entre manos. Se trata de un estudio que pretende colocar “la pieza que faltaba” en el análisis de todo un período que inicia en 1809 con el pronunciamiento juntista de Quito, y culmina con la declaración del Departamento de Ecuador como independiente de la República de Colombia, en 1830 (dos décadas más tarde), cuando la formulación bolivariana de un Estado que abarcó los territorios del antiguo virreinato de Nueva Granada, la capitanía general de Venezuela y la audiencia de Quito, tocó a su fin en medio de fuerzas centrífugas, pretensiones regionales, reacciones federalistas, pugnas entre el Congreso y el presidente Bolívar, y guerras internas. Entre el

tumultuoso vórtice ocasionado por el centralismo estatal frente al contraflujo de las dinámicas locales y regionales.

Buena parte del trabajo se dedica al proceso independentista de Guayaquil, como expresión de la dinámica sociopolítica generada a nivel local; la urbe, en 1920 se proclama independiente y emprende una campaña militar para liberar Quito de la ocupación realista; se pronuncia, luego, de diversas formas sobre las pretensiones de Bolívar de anexar la ciudad-puerto y su hinterland al territorio colombiano, una posible anexión al territorio peruano o mantener su independencia en medio de las dos grandes confederaciones en gestación y con la autonomía suficiente como para decidir su anexión a cualquiera de ella) (caps. 1, 2, 3 y 4).

El argumento central del trabajo de Davis puede traducirse de la siguiente manera: durante la época de gestación del Estado nacional ecuatoriano, los poderes locales y las dinámicas regionales jugaron un papel determinante, al momento de “desatar el nudo” que vinculaba la antigua audiencia de Quito con el proyecto estatal colombiano.

A ello se suma la evidencia de que las ideas federalistas y regionalistas adquirieron, por esos años, mucha resonancia entre las élites económicas, administrativas e intelectuales de las regiones y ciudades que integraban el departamento sureño. El viejo sistema administrativo colonial, formulado a través de una red de ciudades que articulaban en sus dinámicas urbanas la economía regional, tuvo tiempo de mostrar, más tarde, su solidez al convertirse en el elemento central de las reivindicaciones autonomistas. Reivindicaciones que, lejos de desvanecerse con la construcción jurídico-administrativa del Estado colombiano, aprovecharon la todavía lábil textura del embrionario aparato estatal para mostrar “la conformación de un incipiente nacionalismo y la creación de la República del Ecuador” (p. 28). En este sentido, el aporte de Davis es importante, porque pone en escena el desarrollo, no tanto de lo que él llama un “incipiente nacionalismo” (formulación que nos parece forzada) sino, más bien, de la gestación de identidades locales con lazos regionales vigorosos, y de una cultura política muy activa en esos años, de la cual estaban imbuidas no solo las élites regionales o urbanas. Buena parte de la población las compartía y elaboraba opiniones que eran capaces de movilizar acciones de diverso tipo.

Este enfoque se distancia de una historiografía no profesional de corte positivista que subsume la dinámica sociopolítica del período a las decisiones más o menos caprichosas de un grupo de caudillos locales, veteranos de las guerras de independencia y herederos de su tradición militar, que “jalonan”, políticamente hablando, poblaciones y ciudades a su capricho. Resalta también, en *El Ecuador durante la Gran Colombia...* la descripción del tratamiento político administrativo dado por el Congreso colombiano al Departamento

del Sur. El investigador norteamericano enfatiza (a partir del interrogatorio a fuentes como la correspondencia entre Bolívar, Sucre, Santander y Flores al respecto, las resoluciones congresales, la prensa colombiana de esos años, las comunicaciones y declaraciones del Departamento, entre otras) que la región, desde el inicio de su vinculación, fue tratada de manera excepcional, casi siempre, bajo el estatus de territorio militarmente ocupado. Estatus que, al parecer, se justificaba por la amenaza latente de una avanzada militar realista, primero, o de la invasión territorial sureña. En este sentido, Davis argumenta que la región experimentó el “peso del Estado colombiano” al través de la presencia casi permanente del ejército (la administración departamental se basó en el nombramiento de comandantes) y en la fuerte carga fiscal orientada, en buena parte, a la manutención de ese despliegue militar.

Ambas medidas fueron objeto, en no pocas ocasiones, de comunicaciones, protestas, pronunciamientos y bandos dirigidos al Congreso, primero, y al Presidente-Libertador, después, instándolo a asumir carácter dictatorial como medida de supresión de las disposiciones congresales y liberar la región del peso fiscal y militar fiscal. Las disposiciones de Bolívar ante estas demandas fracasaron, finalmente, “desatando el nudo”, dando lugar al pronunciamiento de independencia del Departamento del Ecuador.

¿Cómo inscribir *El Ecuador durante la Gran Colombia*... dentro de la producción académica reciente? Si bien el trabajo de Davis suple, historiográficamente hablando, una ausencia sentida sobre una de las épocas más convulsas y menos estudiadas del siglo XIX ecuatoriano, el énfasis “novedoso” de su trabajo (el carácter regional y local como elemento dinamizador de las tensiones que, finalmente, “desatan el nudo” (la ligadura) que origina la república ecuatoriana) tiene ya alguna trayectoria. No es una novedad.

Fueron los aportes del historiador Juan Maiguashca y del equipo de investigadores por él convocado en el “Proyecto Ecuador” y en la *Historia de América Andina*, vol. 5¹ quienes incorporaron a las reflexiones historiográficas sobre el período 1830-1930 la variable regional de forma amplia (o afirmaron como un concepto útil para el análisis, esta idea que ya circulaba, de alguna manera, en reflexiones previas). Estos aportes han señalado el carácter central que mantuvieron las estructuras administrativas locales (cabildos y municipios) tanto como entidades en las que se manifestaban las aspiraciones y demandas locales frente al avance administrativo del Estado (ejemplo de ello son, por ejemplo, las disímiles reacciones y tensas dinámicas fruto de las subsecuentes

1. Véase Juan Maiguashca, edit., *Historia y Región en el Ecuador 1830-1930*, Corporación Editora Nacional, Quito, 1994; Rafael Quintero, edit., *La cuestión regional y el poder*, Quito, Corporación Editora Nacional, 1991; Juan Maiguashca, edit., *Historia de América Andina. Creación de las repúblicas y formación de la nación*, vol. 5, Quito, Universidad Andina Simón Bolívar/Libresa, 2003.

leyes de División Territorial, en el plano local), como en su faceta de arena de disputa entre el poder central y las periferias geográficas y políticas (evidente en la formación de los cuerpos burocráticos estatales y el incremento de estos funcionarios en los bordes del aparato administrativo central).

Al respecto, y situado temporalmente en la época inmediatamente anterior a las reflexiones de Maiguashca, el trabajo de Davis provee de indicios en relación a estas dinámicas, cuando reseña la creación de los cuerpos municipales de Quito, Guayaquil y Cuenca, frente a la división administrativa impuesta por el Estado central colombiano, el sistema de participación de sus representantes en el Legislativo o las dimensiones que adquirieron las reacciones locales frente a las políticas fiscales y gubernamentales (caps. 5, 6 y 7).

El funcionamiento de los poderes locales ante las pretensiones de representación y legitimidad política formuladas por otras ciudades de la audiencia, durante la época de la Independencia, ha sido, también arduamente acometido en los últimos años. Aún inédita, la investigación doctoral de la historiadora Rosario Coronel Feijóo “Poder local en la transición de la Colonia a la República: Riobamba 1750-1820” muestra con mucho detalle el funcionamiento del poder local en la urbe de la Sierra central ecuatoriana, las tensiones entre las élites regionales y los indígenas, y las lógicas de control del espacio periférico puestas en marcha por Quito, en su afán de interpretar las expresiones políticas de las localidades, en la coyuntura de la crisis de la monarquía española.

A su vez, y en la misma coyuntura, las reflexiones de Federica Morelli –*Territorio o nación: reforma y disolución del espacio imperial en el Ecuador, 1765-1830*² en relación al papel de los cabildos como instancias de negociación de la legitimidad política de las ciudades, en el marco de la “asunción de la soberanía”, durante la *vacatio regis*, en la crisis de la monarquía española, durante la invasión napoleónica; y las dimensiones que adquirió la representación política, es otro ejemplo de la manera como trabajos recientes sobre el período de la Independencia y la República decimonónica ecuatorianas, han hecho hincapié en la dimensión regional que tiene el estudio histórico de dichas épocas. También una compilación de artículos en torno al espacio territorial quiteño a inicios del siglo XIX ha sido recientemente publicado bajo el título *Sociedad y política en Quito: aportes a su estudio entre los años 1800-1850* (Quito, Fonsal 2010).

Así las cosas, *El Ecuador durante la Gran Colombia...* se incorpora a un horizonte historiográfico en el que las cuestiones locales y regionales en el siglo XIX están siendo acometidas de manera vigorosa desde hace, por lo menos, una veintena de años.

2. Federica Morelli, *Territorio o nación: reforma y disolución del espacio imperial en el Ecuador, 1765-1830*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Regionales, 2005.

Esto último está relacionado, de cierta forma, con el concepto editorial de la obra de Davis en castellano, a la que dedicaremos un par de comentarios. Los editores del libro han cometido una omisión que nos parece grave: se ha omitido el año de la publicación de su versión original en inglés y, por lo tanto, es imposible ubicar adecuadamente la producción temporal de esta investigación. Si a ello añadimos el tono monológico del trabajo (el autor no sitúa su investigación dentro de alguna tradición historiográfica, señalando antecedentes de su trabajo; tampoco establece diálogo alguno con corrientes historiográficas afines o trabajos previamente publicados por otros ecuatorianistas; todo lo contrario, encara las fuentes en un interrogatorio solitario en el que “descubre” en los documentos trabajados, evidencias que forman parte de investigaciones ya formuladas), da la impresión que tenemos entre manos un trabajo que, por así decirlo, “dice todo” en relación a la época que estudia.

Una nota editorial, al inicio del libro para advertir al lector que entre la publicación de *El Ecuador durante la Gran Colombia...* en su idioma original y la edición en castellano se han publicado varias obras que acometen de diversa forma el período, hubiese conjurado de la sensación de leer un trabajo que “aterriza” en el ámbito historiográfico ecuatoriano ayuno de los aportes que, desde los años noventa, han venido produciéndose.

Santiago Cabrera Hanna

Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador